

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Curiosidades: LA ESTATUA DE BUDHA EN EL JAPÓN.—Joyas literarias: EL TAMBORCILLO SARDO, por Edmundo de Amicis.—Á un usurero (soneto), por D. Manuel del Palacio.—Resultados obtenidos en los niños por medio de la buena crianza.—VIAJE CÓMICO AL POLO SUR, realizado por dos estudiantes madrileños y un elefante andaluz.—El espantapájaros, por J. López-Amor.—El chocolate de la jicara, por Eduardo Pinar.—Los hombres del mañana, por Bebé.—Cuentos del concurso: LA ETERNA DUDA.—Carta ilustrada, por A. Páez. Concurso del mes de Octubre.—Historietas.—Pasatiempos.—Correspondencia.—Y las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE.—Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Octubre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



PAEZES

ROSARIO ESCUDERO GALÁN (de diez años)
Habitante en Badajoz, Corregidores, 35, principal
(19 de las fotografías admitidas)

CURIOSIDADES

La estatua de Budha en el Japón

BUDHA ó Buddha, que de las dos maneras se puede escribir, fué quien reformó en la India las doctrinas del *brahmanismo*. También se le llamó *Sakya-Mani* (el sabio de la tribu de Sakya); mas tiénesse por seguro que su nombre era Siddharta. Para el caso es igual que se llamara Pedro.

Según sus sectarios, fué un dios que bajó á la tierra concebido de una manera sobrenatural en el

seno de *Maya*, esposa del rey de Kapilavastu, uno de los Estados en que políticamente se hallaba dividida la India.

Sus predicciones tuvieron lugar hacia fines del siglo IV, antes de Jesucristo, y de tal manera arraigaron, que hoy mismo los profesan millones de almas, y en particular los japoneses.

No es de extrañar, pues, que Budha tenga su correspondiente estatua en el Japón. Lo que ocurre es que, así como los mahometanos dicen: «Alá es grande», los japoneses pensaron: «Grande es Budha», y sin pararse en metro de más ó de menos le erigieron una estatua monumental.

Existe ésta en Kamakura, que en otro tiempo fué la capital del Japón occidental, y hoy es una modesta villa situada á orillas del mar, donde los habitantes de Yokoama descansan de sus fatigas y admiran la grandiosidad de la estatua.

Alzase en el sitio en que hubo un templo allá por el siglo VIII, y su historia permanece en las nebulosidades de la leyenda. Cuenta ésta que «habiendo asistido á la inauguración de la gigantesca estatua de Nara, concibió Yorithomo, famoso guerrero y rey del Japón, la idea de poseer un ídolo semejante en su capital; pero

muerto el rey sin haber realizado su pensamiento, una de las damas de la corte acometió la empresa de recaudar por medio de una suscripción los fondos necesarios para llevarle á cabo; y en el año 1252 se encargó á Ono Gorchemon la fundición del Budha de Kamakura. Débese, pues, la estatua á una mujer, cuyo nombre aseguran unos ser Yomhicata, mientras que otros afirman Nockitha. También nos es igual.

Las dimensiones de la colosal estatua son: altura, 13 metros; base, 45 metros de circunferencia (¡vaya una cinturita!); longitud de la cara, 2,30 metros; ídem de los ojos, 0,90; ídem de la nariz, 1,05 (por lo que se ve Budha tenía buena nariz); la frente es de plata y aseguran que pesa una arroba muy corrida; los ojos están formados por dos pepitas de oro que valen unos cuantos miles de pesetas. ¡Y luego dicen de los ojos negros y de los azules! ¡Eso sí que son buenos ojos!

Como la estatua está hueca, existe en el interior un pequeño altar. Por medio de una escalera se puede subir hasta la cabeza del ídolo de los japoneses; mas la ascensión es inútil, porque Budha, como todos los ídolos, tiene el cráneo vacío, totalmente vacío.



JOYAS LITERARIAS

EL TAMBORCILLO SARDO

(CONCLUSIÓN)

ÁNIMO!—gritó el capitán—. ¡Firmes en sus puestos! ¡Van á venir socorros! ¡Un poco de valor aún!—Los austriacos se habían acercado más; se veían ya entre el humo sus caras descompuestas; se oía, entre el estrépito de los tiros, su gritería salvaje, que insultaba, intimidaba la rendición y amenazaba con el degüello. Algún soldado, aterrizado, se retiraba detrás de las ventanas, y los sargentos lo empujaban hacia adelante.

Pero el fuego de los sitiados aflojaba, el desaliento se veía en todos los rostros; no era ya posible llevar más allá la resistencia. Llegó un mo-

mento en que el ataque de los austriacos se hizo más sensible, y una voz de trueno gritó, primero en alemán, en italiano después:— ¡Rendíos!— ¡No!—gritó el capitán desde una ventana—. Y el fuego volvió á empezar más rabioso por ambas partes. Cayeron otros soldados. Ya había más de una ventana sin defensores. El momento fatal era inminente. El capitán gritaba con voz que se le ahogaba en la garganta:— ¡No vienen! ¡No vienen!— Y corría furioso de un lado á otro arqueando el sable con su mano convulsa, resuelto á morir. Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con voz estentórea:— ¡Ya

llegan!— ¡Ya llegan!—repitió con un grito de alegría el capitán. Al oír aquellos gritos, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales, se asomaron á las ventanas, y la resistencia se

prolongó ferozmente otra vez. De allí á pocos instantes se notó una especie de vacilación y un principio de desorden entre los enemigos. De pronto, muy de prisa, el capitán reunió algunos soldados en el piso bajo para contener el ímpetu de fuera, con bayoneta calada. Después volvió arriba. Apenas llegó, oyó un rumor de pasos precipitados, acompañado de un ¡hurra! formidable, y



vieron desde las ventanas avanzar entre el humo los sombreros apuntados de los carabineros italianos, un escadrón á escape tendido, y un brillante centelleo de espadas que hendían el aire, en molinete por encima de las cabezas, sobre los hombros y encima de las espaldas; entonces el pequeño piquete reunido por el capitán salió á bayoneta calada fuera de la puerta. Los enemigos vacilaron, se revolvieron, y al fin emprendieron la retirada; el terreno quedó desocupado, la casa estuvo libre, y poco después dos batallones de infantería italianos y dos cañones ocuparon la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaron, se incorporó á su regimiento, peleó aún, y fué ligeramente herido en la mano izquierda de una bala rebotada en el último ataque á la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los nuestros.

Pero al día siguiente, habiendo vuelto á combatir, los italianos fueron vencidos á pesar de su valerosa resistencia, por mayor número de austriacos, y la mañana del 26 tuvieron tristemente que retirarse hacia el Mincio.

El capitán, aunque herido, anduvo á pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y llegaban al ponerse el sol á Goito, sobre el Mincio; buscó en seguida á su teniente, que había sido recogido con el brazo roto, por nuestra *ambulancia*, y debía haber llegado allí antes que él. Le indicaron una iglesia donde se había instalado precipitadamente el hospital de campaña. Se fué allí; la iglesia estaba llena de heridos colocados en dos filas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanados, y oíanse gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró el capitán, se detuvo y dirigió una mirada á su alrededor en busca de su oficial.

En aquel momento se oyó llamar por una voz apagada, muy próxima.

—¡Mi capitán!

Se volvió: era el tamborcillo.

Estaba tendido sobre un catre de madera, cubierto hasta el pecho por una tosca cortina de ventana, de cuadros rosa y blancos, con los brazos fuera, pálido y demacrado, pero siempre con sus ojos brillantes como dos ascuas.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—le preguntó el capitán admirado, pero bruscamente—. ¡Bravo; has cumplido con tu deber!

—He hecho lo posible—respondió el tambor.

—¿Estás herido?—dijo el capitán, buscando con la vista á su teniente en las camas próximas.

—¡Qué quiere usted!—dijo el muchacho, á quien daba alientos para hablar la honra de estar herido por vez primera, sin lo cual no hubiera osado abrir la boca ante aquel capitán—. Corrí mucho con la cabeza baja; pero aun agachándome, me vieron en seguida. Hubiera llegado veinte minutos antes si no me alcanzan. Afortunadamente encontré á un capitán de Estado Mayor, á quien di la esquela. Pero me costó gran trabajo bajar, después de aquella caricia. Me moría de sed; temía no llegar ya; lloraba de rabia, pensando que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo allá arriba. Pero, en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. ¡Pero mire usted—y dispense, mi capitán—que pierde usted sangre!

En efecto; de la palma de la mano, mal vendada, del capitán, corría alguna gota de sangre.

—¿Quiere usted que le apriete la venda, mi capitán? Déme un momento.

El capitán dió la mano izquierda, y alargó la derecha para ayudar al muchacho á hacer el nudo y atarlo; pero el chico apenas se alzó de la almohada palideció, y tuvo que volver á apoyar la cabeza.

—¡Basta, basta!—dijo el capitán, mirándolo y retirando la mano vendada que el tambor quería retener—. Cuida de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas ligeras, descuidándolas, pueden hacerse graves.

El tamborcillo movió la cabeza.

—Pero tú—le dijo el capitán mirándole atentamente—debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil.

—¿Perdido mucha sangre?—respondió el muchacho sonriendo—. Algo más que sangre. ¡Mire!—Y se echó abajo la colcha.

El capitán se echó atrás horrorizado.

El muchacho no tenía más que una pierna;

la otra, la izquierda, se la habían amputado por cima de la rodilla: el muñón estaba vendado fuertemente con paños ensangrentados.

En aquel momento pasó un médico militar; pequeño y gordo, en mangas de camisa.

—¡Ah, mi capitán!—dijo rápidamente señalando al tamborcillo —; he aquí un caso desgraciado: esa pierna se habría salvado con nada, si él no la hubiese forzado de aquella mala manera: ¡maldita inflamación!, fué necesario cortar así. Pero es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba yo orgulloso, al operarlo, de que fuese un muchacho italiano: palabra de honor. Es de buena raza, á fe mía.

Y el médico siguió su camino.



El capitán arrugó sus grandes cejas blancas, y miró fijamente al tamborcillo, subiéndole la colcha; después, lentamente, casi sin darse cuenta de ello, y mirándole siempre, levantó la mano hasta la cabeza y se quitó el kepis.

—¡Mi capitán!— exclamó el muchacho admirado—. ¿Qué hace, mi capitán? ¡Por mí!

Y entonces aquel tosco soldado, que no había dicho nunca una palabra suave á un inferior suyo, respondió con

voz dulce y extremadamente cariñosa:—Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe.

Después se arrojó con los brazos abiertos sobre el tamborcillo, y le besó cariñosamente con todo su corazón.

(Ilustraciones de Cuevas.)

EDMUNDODE AMICIS.

LA PROTECCIÓN Y LA HIGIENE DE LOS NIÑOS

CON este título nos remite un bien escrito libro (que deben conocer las madres) la distinguida escritora D.^a Carmen de Burgos Seguí, que tan buenos artículos publica en el *Diario Universal*, bajo el pseudónimo *Columbine*.

Es innecesario decir que, madre amantísima además de escritora, ha puesto en el libro que nos ocupa las gallardías de su pluma y los conocimientos adquiridos por la experiencia.

Esperamos que D.^a Carmen de Burgos no tardará en honrar las columnas de ROSA Y AZUL con alguno de los trabajos que á los niños dedica.

Á UN USURERO

(Soneto)

No me escribas ya más, porque es en vano;
ni soy cual dices *tu apreciable amigo*
ni tengo nada de común contigo,
bárbaro azote del linaje humano.

Yo podré ser gentil, mas no *pagano*,
y pongo al Padre eterno por testigo
de que prefiero el cobre del mendigo
al oro recibido de tu mano.

Si alguna vez mis yerros juveniles
me llevaron á ti con harta pena
desconociendo tus instintos viles;

hoy, si el destino á verte me condena,
iré, pero escoltado por civiles
como quien va á cruzar Sierra Morena.

MANUEL DEL PALACIO.



LOS HIJOS DEL DOCTOR ULECIA

(Fot. del Sr. Cao Durán, 25 Diciembre 1903.)

RESULTADOS OBTENIDOS EN LOS NIÑOS POR MEDIO DE UNA BUENA CRIANZA

NADA tan elocuente podríamos decir, en elogio de los consejos que el distinguido doctor Ulecia ha dado á las madres en las columnas de esta Revista (1), como la publicación del grupo que forman sus ocho hijos y los datos de peso, estatura y edad de esos hermosos niños.

El doctor Ulecia demuestra con el ejemplo cómo puede formarse una generación vigorosa si los padres se preocupan de la crianza de sus hijos.

Y no cabe argüir que nuestro muy querido amigo ha podido dedicar su vida entera á sus hijos, porque habrá muy pocos hombres que hayan trabajado tanto como él. Dirige la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, y ha traducido multitud de obras y escrito varias de su profesión. Últimamente ha demostrado su amor á los niños creando, con

la ayuda de los Marqueses de Casa Torre, un *Consultorio para niños de pecho*, al que prestan su protección S. M. la Reina y muchas personas caritativas de la Corte. Y allí, en aquella benéfica institución, es el alma; allí le veréis, robando horas al trabajo y al descanso, atendiendo á los pequeños enfermitos como amantísimo padre. Ya le elogiamos como se merece en otra ocasión; ahora sólo nos queda rendirle el más sincero tributo de amistad y simpatía por ser de los pocos que en España trabajan para regenerar al país, por donde únicamente cabe regenerarle: formando niños vigorosos que mañana puedan ser buenos ciudadanos y el sostén de esta patria tan querida.

Hablen los datos y véase cómo pueden criarse hijos fuertes sólo con un buen régimen.

Peso y talla en 30 de Septiembre último de los hijos del Dr. Ulecia

1. ^a	{	Peso: 52 kilos. . . .	}	Nacida el 16 de Enero de 1891.
		Talla: 1,56 metros.		
2. ^a	{	Peso: 47 kilos. . . .	}	Nacida el 7 de Mayo de 1892.
		Talla: 1,46 metros.		
3. ^a	{	Peso: 38 kilos. . . .	}	Nacida el 13 de Septiembre de 1893.
		Talla: 1,42 metros.		
4. ^a	{	Peso: 31 kilos. . . .	}	Nacida el 26 de Febrero de 1895.
		Talla: 1,28 metros.		
5. ^o	{	Peso: 31,500 kilos.	}	Nacido el 31 de Julio de 1896.
		Talla: 1,27 metros.		
6. ^o	{	Peso: 19 kilos. . . .	}	Nacido el 22 de Septiembre de 1898.
		Talla: 1,06 metros.		
7. ^o	{	Peso: 15,500 kilos.	}	Nacido el 22 de Junio de 1900.
		Talla: 0,95 metros.		
8. ^o	{	Peso: 13 kilos. . . .	}	Nacido el 26 de Febrero de 1902.
		Talla: 0,83 metros.		

(1) Véanse los números 25 y 28.

VIAJE CÓMICO AL POLO SUR

REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ,

QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELUZNANTES AVENTURAS

(Continuación.)

DESPUÉS de lanzar el adiós al durmiente mozo, lanzaron también las papeletas de *suspensos*; cosa que también dejó en suspenso al *auditorio*.

Veloz como el rayo tomó el globo la dirección Sur, y al cabo de quince días de marcha con una velocidad mínima de 285 kilómetros por hora, llegamos á un punto donde

Después descendimos en un paraje hermo- seado por multitud de hoteles alegres, pinto- rescos, con lindos jardines, en los cuales se veía una multitud de personas ataviadas con blancos tocados.

—¡Y decían que el Polo está deshabita- do!—dijo Nicéforo estupefacto.

—¡Naturalmente! ¡Como ninguno llegó al



estornudé cinco veces seguidas. Los estu- diantes se subieron el cuello de los rusos y se guardaron los japoneses en el bolsillo. Volví á estornudar y mis compañeros se die- ron cuenta de que debíamos hallarnos en la zona del Ensanche... aunque no divisábamos las casetas de Consumos, y ordenaron al glo- bo que suspendiera la marcha y se quedara en su lugar descanso. La cosa era esperar á que el termómetro les indicara que el Polo estaba debajo; y el termómetro, que era yo *en persona*, les dió á entender por medio de una larga serie de estornudos que el Polo estaba allí; se podía tocar con la mano.

Los aeronautas cogieron los instrumen- tos de física y entonaron el vals de las olas, acompañados por mi bien timbrada voz (¡fuera modestia!, yo soy muy francote).

mismo Polo!... Pero bien te decía yo que de- bíamos haber traído quitasoles—objetó Es- piritirión, que ya empezaba á sudar.

Yo no dije esta trompa es mía.

Al ver las gentes aquellos dos seres que venían ocultos hasta los ojos y seguidos por un elefante cuya trompa sujetaba el globo, huyeron despavoridos, unos al interior de sus casas, otros al exterior del pueblo y no faltó quien se subiese á los árboles. Los estu- diantes gritaban llamándolos; pero grita- ban en vano, porque ó estaban sordos ó no los entendían. Por este motivo creyeron mis compañeros que se trataba de personas sin civilizar, y también se creyeron dueños y se- ñores del Polo; y sentamos nuestros reales en una plazoleta en donde aún estaríamos

(Dibujos de Ramírez.)

(Se continuará.)

corbeta, tenía que ir á tierra aquella misma tarde por última vez antes de que el barco se diera á la vela; preguntó en los hoteles de las Columnas azules, de Jorge y de la Fuente, si había llegado un joven de las señas de Juan, y al fin supo por un camarero del último de los tres hoteles que la persona á quien buscaba estaba allí hacía tres semanas.

—¡Barástolis!—gritó el Sr. Sawbridge, con la indignación propia de un primer teniente burlado por un guardia marina durante tres semanas—. ¿Está en el café ese bellaco?

—No, señor; ocupa las principales habitaciones del segundo piso.

—Enséñeme esas habitaciones.

—¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre?

—¡Rebarástolis! ¿Desde cuándo envían su tarjeta los jefes para visitar á un guardia marina? Arriba, que pronto sabrá ese individuo quién soy yo.

El camarero subió la escalera seguido por el Sr. Sawbridge, y abriendo la puerta dijo:

—Un caballero desea ver á usted.

—Que haga el favor de entrar—contestó Juan—. Y á propósito, ya que has venido ten presente que el ponche sea mejor que el de ayer, porque tengo dos convidados más.

El Sr. Sawbridge, que no iba de uniforme, entró en la habitación y vió á Juan solo ante una mesa elegantemente servida para ocho cubiertos, y sobrecargada de objetos de plata, lujo inusitado en aquella casa. En seguida formó su opinión: era todo lo que veía más propio de un general que de un guardia marina de una corbeta de guerra.

El teniente Sawbridge era un excelente oficial que había obtenido todos los grados uno por uno, durante veinticinco años

de servicio con una conducta ejemplar. Sólo contaba con la paga para el sostenimiento de su familia. Endurecido en la constante lucha con los elementos y rudo como todo hombre de mar, no veía con buenos ojos aquella moda, que de algún tiempo venía en aumento, de enviar á los señoritos ricos á las corbetas para pasar por encima de ellos á los pocos años merced al favoritismo. No sentía la envidia, pero le molestaba ver aquel lujo; y aunque de buen corazón, pensaba con cierto placer en el cambio brusco que había de sufrir el muchacho.

Juan, que era excesivamente fino cuando se disponía á pronunciar un discurso, se dirigió al oficial en esta forma:

—¿Me permitirá usted que le pregunte en qué puedo servirle?

—Sí, señor: tomando inmediatamente el camino de su buque. ¿Y á mi vez podré preguntarle por qué ha estado usted aquí tres semanas sin presentarse?

Juan, que no gustaba del tono imperativo del Sr. Sawbridge, había tomado asiento en una mecedora, y cruzando una pierna sobre otra jugaba con la cadena de oro de su reloj, esperando el término de la pregunta, á la cual contestó con esta otra:

—¿Y puedo yo saber quién es usted?

—¡Que quien soy yo!—gritó Sawbridge saltando en la silla—. Soy el primer teniente de la corbeta *Harpy*.

Y figurándose que ante estas palabras quedaría aplanado el guardia marina, recostóse en la silla con aire de importancia.

—Mi desconocimiento de las cosas del servicio—dijo Juan—me impide saber con exactitud la situación de usted á bordo; mas á juzgar por su manera de presentarse creo que tiene usted una idea bastante elevada de sí mismo.

Sawbridge tascó el freno, bramó y estuvo á punto de castigar en el acto la insolencia del joven; pero pudo contenerse, y ya en pie dijo á Juan:

—Puesto que desconoce usted lo que es un primer teniente, andando el tiempo lo sabrá con creces; ¡yo se lo prometo! Por el momento váyase usted inmediatamente al barco y allí nos veremos.

—Siento mucho no poder acceder á sus moderadas pretensiones—dijo Juan con marcada frialdad—; iré á bordo cuando lo tenga por conveniente; y ruego á usted que no se tome por mí molestia alguna.

Y tirando del cordón de la campanilla dió orden al camarero de que acompañase al Sr. Sawbridge hasta la escalera.

Aquí ya perdió la compostura el viejo marino, y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa rugió:

—¡Bombas y culebrinas!... ¡Mil truenos!... ¡Rayos y centellas!... ¡Despedirme á mí!... ¡A mí!... Yo le enviaré á usted un bote muy pronto, joven zumbón, y cuando le tenga seguro á bordo ya le demostraré la diferencia que existe entre un guardia marina y un primer teniente.

—No hay diferencia ninguna; yo no admito más que la igualdad, señor mío; todos somos iguales, y yo espero que usted reconocerá esta verdad.

—¡Igualdad! ¡Por lo visto va usted á tomar el mando de la corbeta!... En fin, dentro de poco se disparará su ignorancia. Voy á dar parte de su conducta al Sr. Wilson; y advierto á usted que si esta tarde no está á bordo, mañana al amanecer enviaré un sargento con una escuadra de marinos que se encargarán de llevarle.

—Puede usted estar seguro á su vez—dijo Juan—de que yo también daré parte al capitán Wilson de todo esto, y le diré que considero á usted como un hombre

impertinente y gruñón, y le recomendaré que no deje á usted permanecer á bordo; me sería muy desagradable estar en el mismo buque con un oso semejante.

—¡Este muchacho está loco, completamente loco!—, exclamó Sawbridge cuyo asombro era superior á su indignación.

—No, señor—dijo Juan—; no estoy loco: soy un filósofo.

—¿Un qué?—preguntó Sawbridge—. ¿Qué rayos dice usted? En fin, tanto peor; yo pondré á prueba su filosofía.

—Por la misma razón que soy filósofo—objetó Juan—, he querido ser marino, y si usted permanece á bordo espero que discutiremos ese punto y que haré á usted conocer la verdad y la igualdad de los derechos del hombre.

—¡Mil truenos! Yo sí que le haré á usted conocer los 36 artículos de la Ordenanza de Marina si permanece á bordo. Coma con buen apetito mientras voy á referir al capitán Wilson la entrevista que he tenido con usted.

—Muchas gracias; no tema usted que me falte el apetito. Lo único que siento es no poder invitarle á comer ya que hemos de vivir algún tiempo juntos; pero la calidad de las personas que espero... En fin, hasta la vista.

—¡Jamás ví otra cosa igual en los veinte años que llevo de servicio!... ¡Está loco!— y el primer teniente salió á paso ligero de la estancia.

Juan se quedó un poco turulado. Si Sawbridge se hubiera presentado de uniforme ya hubiera sido otra cosa; pero sus largas patillas, su frac azul y su conjunto un tanto desgarbado no eran para infundir respeto á un filósofo.

—Me ha creído loco—pensaba Juan—; ya le diré mi opinión al capitán Wilson acerca de ese imbécil.

Los convidados que llegaron poco des-

pués, hicieron á Juan olvidarse de aquel incidente.

Sawbridge visitó al capitán en su alojamiento, le refirió cuanto con Juan le sucediera y le rogó que borrara al joven de la lista de guardias marinas ó le sometiese inmediatamente á un consejo de guerra.

—Calma, mi primero—dijo Wilson—; tome usted asiento, y, como dice el señor Franco, vamos á discutir ese punto y después usted mismo resolverá. El consejo de guerra no puede ser, porque mi pariente no ha embarcado, y la ofensa á que usted alude no existe, á mi juicio, porque usted no iba de uniforme.

—Ciertamente—dijo Sawbridge un tanto amostazado—; había olvidado ese extremo.

—En cuanto á no permitir que se incorpore á filas, debo decir á usted que el Sr. Franco se ha educado en el campo y no ha visto mayor extensión de agua que un estanque donde le sumergieron cierto día; así es que ni conoce el servicio ni tiene idea de lo que es un primer teniente.

—Opino como usted—contestó Sawbridge con sequedad.

—No creo, pues, que un hecho realizado inconscientemente sea acreedor á tan severo castigo. ¿Qué opina usted, mi primero?

—No tengo nada que objetar, mi capitán. Mas advierto á usted que él me dijo que era filósofo y que no conocía diferencia alguna entre los hombres; quiso discutir ese punto, y usted comprenderá que si un oficial se pone á discutir con un guardia marina, cada vez que le ordene algún acto del servicio, bueno andará éste.

—En eso dice usted muy bien y me recuerda una cosa que no tuve presente cuando admití en el buque al Sr. Franco. Su padre, que es un pariente lejano mío, también tiene teorías muy extrañas y se-

mejantes á las que usted me cuenta de su hijo. Más de un buen rato he pasado escuchándole, y siempre he refutado tan absurdos propósitos, aunque lo mismo pensaba yo entonces que su único hijo podría ser guardia marina como Chambelán del Zar de Rusia; porque su padre tiene grandes propiedades y una renta anual que no bajará de nueve mil libras.

—No podía haber llevado la vaca á mejor mercado—observó Sawbridge.

—De acuerdo. Y como soy padre no puedo menos de pensar lo cuidadosos que debemos ser para inculcar ideas abstractas y filosóficas á la juventud. Aun siendo exactas, en manos de los jóvenes son tan peligrosas como un arma de dos filos, y si son erróneas las admiten con tal fidelidad que no se desarraigan sino con gran dificultad, y muchas veces cuando ya han sido causa de la perdición de quienes las profesan.

—¿De modo que usted opina que esas teorías habrán echado raíces en el ánimo de ese joven y que no se las podremos desarraigar?

—No, señor; pero sí que el padre se las habrá imbuído desde muy pequeño y él se las habrá adaptado sin discernir si son buenas ó no.

—Si esas teorías no se desarraigan fácilmente y ese joven posee cuantiosa fortuna, ¿no sería mejor para él y para el servicio que le enviásemos á su casa? Es mi opinión. Como oficial nunca podrá ser útil á sí mismo, en cambio puede desmoralizar á los demás. Dispense usted que, en mi celo por el servicio, exponga mi manera de pensar en este asunto con la franqueza que me caracteriza.

—Querido Sawbridge, sabe muy bien cuanto le aprecio; no ignora que reconociendo que no ha sido usted recompensado en proporción de los méritos que ha con-

traído, le he rogado que se embarcase conmigo. Es usted, pues, para mí, no un subordinado, sino un amigo. Hecha esta aclaración, que juzgo innecesaria, expondré á usted lo que existe en esta ocasión para que resuelva como juzgue oportuno; bien entendido que su resolución será ley para mí. Suponga usted que un capitán como yo, casado, con mujer y siete hijos á quienes mantener, y trabajando como un negro, no sólo se encuentra sin economías, sino que ha contraído algunas deudas. Suponga usted que tras una larga espera logra un destino en una buena corbeta, con grandes esperanzas de que el aumento de la paga y los derechos de las presas le permitirán enjugar el «déficit», mejorar la situación de los suyos y economizar alguna cosa para la vejez. Suponga usted que todas esas ilusiones están á punto de irse á pique porque usted no puede pagar las deudas, que son apremiantes, ni dejar á los suyos los fondos necesarios para su sostén; ni el prestamista adelanta un céntimo á cuenta de la paga. Añada usted que en tan duro trance no ve otra solución que acudir á un pariente lejano (única tabla de salvación en este naufragio) en demanda de doscientas ó trescientas libras, y que éste, en vez de la cantidad que usted le pide sin esperanza de obtener, le entrega mil libras y rompe el recibo que usted le ha extendido. ¿Qué haría usted por ese hombre, amigo Sawbridge?

—Perder la vida, si con ello le reportaba algún beneficio.

—Su respuesta es la mejor prueba de su noble corazón. Bueno. Pues ahora suponga usted que, por uno de esos caprichos á que la casualidad nos sujeta, el hijo de ese pariente viene á ponerse bajo la protección de usted.

—Sería un padre para él.

—Suponga usted que el muchacho no fuese lo que usted deseara, que tuviese adquiridos ciertos resabios perjudiciales para su nuevo estado, ¿le dejaría usted sin su protección? ¿Le abandonaría usted á merced de quienes nada tuviesen que agradecerle?

—Jamás. Antes al contrario, no me separaría de él hasta que por uno ú otro medio, bien con reflexiones, bien con castigos, pudiese llevarle al terreno en donde yo le querría ver; así pagaría la deuda contraída.

—Pues una vez que estamos de acuerdo sólo me queda por decirle, amigo Sawbridge, que el muchacho que acaba de ver es el hijo, y el Sr. Franco, de Forest-Hill, el padre.

—Entonces, no sólo por complacer á usted, sino por demostrar el respeto que me merece quien de tal modo se porta con nuestra clase y tan señalado honor hace á nuestro uniforme, olvido cuanto ha pasado y olvidaré muy gustoso cuanto ocurra en adelante.

—Gracias, amigo Sawbridge; no esperaba menos de usted.

—Y ahora, ¿qué hacemos, mi capitán?

—Es preciso llevarle á bordo; pero no entre marineros, porque eso sería más inconveniente que útil. Le enviaré una carta convidándole á almorzar conmigo y tendré una conversación con él. No quiero asustarle, porque se escaparía á Forest-Hill; deseo tenerle á mi lado si es posible.

—Tiene usted razón, su padre es en realidad su mayor enemigo. ¡Lástima que un hombre de tan buen corazón tenga una cabeza tan débil! Así, pues, no tengo que cuidarme de él por ahora; lo dejo todo en manos de usted.

—Gracias Sawbridge, le estoy á usted muy reconocido por su amabilidad en esta cuestión.

EL ESPANTAPÁJAROS

(HISTÓRICO)

(Texto y dibujos de José López-Amor)



ASI á las puertas de la ciudad, y lindando con el camino de hierro que conduce á la capital, se alza un caserón que, por lo antiguo, difícil se hace adivinar el color de sus muros.

En él vive el señor Andrés, como por allí le llaman, sin más compañía que el guardián de su finca, hermoso mastín á quien todo el mundo respeta, porque no quiere amigos.

Juan, hortelano hace ya muchos años del señor Andrés, es el único que entra en la casa sin temer al feroz can; á fuerza de

verlo simpatizó con el animal, lo que no ha conseguido hacer con su amo. Un día llamó éste á Juan y le dijo:

—Juan, es necesario que busques un remedio para poner fin á los daños que causan los gorriones en mis sembrados; mira este cuadro de guisantes: todo perdido.

Oyó el hortelano la advertencia y se encogió de hombros; razón tenía su amo, pero lo que Juan decía:

—¡Que se lo cuente á los gorriones! Que si él lo siente porque son suyos los sembrados, también tengo yo la pena de estar trabajando y ver que deshacen los pájaros en un día lo que yo hago en un año.

Pasó algún tiempo, y el señor Andrés vió que iban en aumento los estragos que los pájaros hacían en su huerta, y volvió á repetir á Juan su disgusto; pero éste se atrevió á decir que nada podía hacer para remediar estos daños.

Cansado el señor Andrés se armó de una escopeta, y desde un corredor que miraba á la huerta disparaba á los gorriones sin conseguir sus deseos, pues éstos, aprovechando sus horas de descanso, cubrían en espesa nube todo el sembrado.

El señor Andrés se rompía la cabeza por inventar alguna cosa que pusiera fin con los malditos pájaros. Un día llamó entusiasmado á Juan; éste quedóse sorprendido de la alegría y amabilidad de su amo á quien nunca recordaba haber visto sonriente, y menos aún amable.

—Gracias á Dios—dijo el señor Andrés—que creo haber encontrado el remedio para que los gorriones no pisen mis sembrados. ¡Verás qué sublime idea!

—El señor dirá—contestó respetuoso el hortelano.

—Mira, sube á la buhardilla y en un arca verás metidos un gabán y un sombrero muy viejos; tráelos.



Subió Juan á la buhardilla y en menos tiempo que tardó su amo en decirle dónde estaban las prendas, se presentó con ellas en la mano. Tomólas en las suyas el amo y dijo á Juan:

—Ahora baja al corral y clava dos maderos en forma de cruz.

Hizo el hortelano lo que su amo le había ordenado, y después de presentarse con la cruz de madera comenzaron ambos á vestirla con el gabán del señor Andrés; colocáronle también el sombrero, y Juan, por mandato de su amo, clavó en medio de la huerta aquel espantapájaros.

El señor Andrés, frotándose las manos y en tono satisfecho, dijo:

—Ya verás hoy la sorpresa que les aguarda á los pájaros.

Pasaron días y meses, y como estaban el señor Andrés y su hortelano convencidos de un feliz éxito con el espantapájaros, no volvieron á cuidarse del sembrado hasta el día de la recolección, en el que vieron que les era imposible llevarla á cabo, pues ya la habían hecho los gorriones; y lo que es más osadia: cuando quitaron el espantapájaros notaron que los gorriones habían anidado en los bolsillos del viejo gabán que tenía puesto el maniquí, en el que el señor Andrés había depositado su confianza.

EL CHOCOLATE DE LA JICARA

(Imitación.)

DESAYUNÁNDOME la cama, y tendido en la esquila que me acababan de traer, participándome la vida de mi amigo acabada, estaba yo, cuando el chocolate entró en mi cabeza corriendo, aturdiéndome la alcoba, á la vez que vertía á la criada, la cual comenzó á echar sopas por las orejas de la jícara y gotas de pies por el chocolate; la boca de mi cama gritaba pidiendo ¡pelos de punta!, y yo, con mis gritos, me ponía de pies sobre la criada que crugía sordamente (era sorda); cansado de mis pelos, me puse las botas en la cabeza y la cama en los pies saltando desde la ventana á la cama, que con dos chorros abiertos esperaba á los brazos; ésta empezó á darle pies con puntas al lavabo, el cual gritaba pidiendo jarros con el agua á gritos. ¡Qué grandioso tan espectáculo! El rodar de los pelos, el crugir de mi cabeza; y qué meterían ruido mis gatos que mi ventana su asomó en la vecina, la cual me dijo: —¿Pero tiesto, qué vecino le pasa, que el diablo se ha roto y el geráneo corre medio loco por los tejados?

Yo, que era vecino, la dije tirándola ventanas sobre los brazos:

—Nada, que mi chocolate se ha sorbido á la criada.

—¡María Ave Purísima!—dijo la boca poniendo la vecina en blanco.

Yo, con los ojos en las nubes, me extrañé, y la tiré mi gato que la ventana se subía.

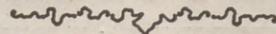
—Pero vecina, no se asuste, porque mi cama se ha arrojado á mi lavabo y se le ha comido á agua de bocados.

Ella dió un salto sobre el tiesto, y mis narices vieron que los ojos de la calle se habían estrellado sobre las baldosas de mi vecina...

—¡Horror!—dijo mi cabeza á la vez que mi boca se asomaba sobre la barandilla de mi vecina para ver si se había estrellado mi balcón...

La pobre, toda deshecha, parecía una palangana en día de fiesta, á la vez que mi vecina se reía vertiendo agua por la boca. Me retiré de mi calle no sin mirar antes al balcón donde mi vecina, con los gatos de mis ojos, se fijaban en mí, queriendo comerme á rabos que se movían sobre mi cama, barriéndola la jícara, que con los geráneos se reía á tiestos...

EDUARDO PINAR.



IMPRESIONES

LOS HOMBRES DEL MAÑANA

TODAS las tardes, en mi paseo por la Herrería del Escorial, llamaba poderosamente mi atención un pequeño batallón de muchachos que marchaban gentilmente, gallardamente.

¡De qué buena gana habría jugado con ellos á los soldados!

Aquella tropa, donde no existían las ordenanzas ni la disciplina, era muy simpática, muy sugestiva. Estaban deliciosos los niños con sus trajecitos blancos y sus armas.

En aquellos pequeños veía yo los hombres del mañana, los hombres del porvenir, los únicos de quienes pueden esperarse días bonancibles para esta nave que anda dando tumbos y zozobrando ha luengos años, por desgracia.

Y cada vez que el pequeño batallón evolucionaba desordenadamente, recordaba yo esas formaciones en que los soldados «de verdad» parecen autómatas.

Los soldaditos de la Herrería llevaban todos nombres ilustres: allí estaban los hijos del aplaudido autor Carlos Arniches; los del brillante

jefe de Estado Mayor Sr. Queipo, y los de los Sres Díez y Moral, no menos distinguidos.

¡Y ya lo creo que hacían honor al nombre! Más trabajo le costó al Sr. Moral obtener el cliché que reproducimos, que le hubiese costado tomar por asalto un reducto.

Los niños se resistían heroicamente. Se les ofrecieron bombones, y niños al fin, se prestaron; entonces, el corneta tocó rompan filas, y una placa quedó fuera de combate. Vuelta á empezar. Al fin triunfó la paciencia del Sr. Moral, tan buen padre como fotógrafo.

Y ahí tenéis ese simpático grupo.

Quiera Dios que estos niños que hoy juegan á los soldados, mañana puedan arrumbar las armas y traer á España la prosperidad por medio de sus estudios. BEBÉ.



PENSAMIENTOS

Un hombre, para ser feliz, debe primeramente procurar ganar un lugar en el cielo, y reflexionar que cuando muera sólo ocupará en la tierra un pequeño espacio.

El paseo abre el apetito.
Si hubiera un ser á quien no le gustaran los niños, ese ser de fiijo no sabría querer á su propia madre. VICENTE MAS.

CUENTOS DEL CONCURSO ⁽¹⁾

Inconvenientes del realismo

LA ETERNA DUDA

EL regimiento marchaba pausadamente, lentamente. La caminata había sido muy larga. Los soldados venían sudorosos, sin ganas de hablar. Los caballos, con la cabeza baja y el cuerpo espumeante, andaban con paso cansino, dando tropezones, como si de aquel modo protestaran del ajeteo.

Cuando llegaron á la alameda el corneta tocó «alto», y en seguida el regimiento se rehizo. Circularon las órdenes verbales. Había que entrar en la población airosamente, gallardamente; no era cosa de desmentir la elegancia de los húsares por un paseo militar de más ó menos leguas. Y la tropa dejó bien puesto el pabellón.

Junto al portaestandarte Pepe López, marchaban sus compañeros y amigos Luis Godínez y Romito Pernas, dos guasones de lo que no cabía más.

—¿Conque sabes ya cuál de las dos es? —preguntó á López el último de los oficiales.

—Todavía no. Ahora pasaremos por debajo de los balcones y os convenceréis.

—Lo que hace falta es que tú te convenzas —dijo Luis—; porque en cuanto sepamos

cuál es la señora de tus pensamientos, yo me declaro rendido adorador de la otra. Ya ves que no soy exigente.

Las palabras de Luis hicieron reír grandemente á Romito; López se hizo el sueco. Así, en alegre charla, marcharon algunos minutos. De pronto los clarines baten marcha. ¡Allí estaban! Parecía como que hubiesen elegido á propósito el sitio en que la banda tocaba siempre cuando los húsares volvían al cuartel. Así no había escape: ellas salían al balcón y él las contemplaba á su gusto. Eran dos hermanas, muy bonitas, muy lindas, dos figurillas de *biscuit*; la una ru-



¡Vaya un cuadrito que iba á pintar Besúñez!.... Para lo cual se trajo una vaca; porque él era muy amante del realismo. ¡Vaya si lo era! No pintaba nunca sin modelo.

Inconvenientes del realismo



Y como el realismo tiene sus necesidades, Besúñez sintió la de echar en el estómago algunas de las provisiones que había traído; porque como era tan realista....

(1) Véase el anuncio en el número 27.

Inconvenientes del realismo



¡Vaya si estaba buena la chuleta! Cuando se ha pintado una vaca tan aproximada á la realidad puede uno comer tranquilamente, gozosamente.....

Madrid. Rodas se prestó á ser el padrino. La presentación se hizo en toda regla, sin que hayamos sabido cómo se arregló Ruipérez.

Y sucedió que López, lo mismo visitando á las dos jóvenes, hijas de un acaudalado matrimonio, que antes de visitarlas, continuó en la duda cruel, en la mortal incertidumbre de cuál de las dos muchachas era la que se había apoderado de su corazón, porque alguna de ellas era, ó al menos así le parecía á López. Y en estas dudas y en estas incertidumbres nada decía á las jóvenes, y Rodas y Ruipérez seguían visitándolas frecuentemente, asiduamente, demasiado quizás.

López tuvo que marchar á Madrid, donde una tía suya se hallaba enferma. El coronel le había dado un mes de licencia y fué preciso ampliarla, porque la enfermedad, aunque de desenlace funesto y previsto, se hacía larga, demasiado larga.

Mientras llegaba el desenlace, López se iba á dar un pequeño paseo por el Retiro. El también estaba enfermo; aquella duda...

En uno de esos paseos hallóse con una muchacha ideal... ¡vaya una criaturita para robar la tranquilidad á cualquier mortal!... ¿Pero tenía López tranquilidad?... Si no hubiese sido por aquellas dos que estarían aguardando su vuelta...

Después de tres meses de ausencia López volvió al cuartel. Era el día primero de mes.

bia, morena la otra. Las miradas de la oficialidad se posaron en las jóvenes con intensiva fuerza; pero ellas no fijaron las suyas más que en López, un guapo muchacho de bigote negro á lo Guillermo.

En el cuarto de banderas se reprodujo la conversación y de ella tomaron parte, y con mucho interés por cierto, el comandante Rodas y el capitán Ruipérez, el último de los cuales ofreció á López presentarle en la casa donde habitaban aquellas dos deidades, conocidas suyas de seguro. El conocía á todo Ma-

Inconvenientes del realismo



Sólo que luego nos encontramos con que la vaca ha colaborado con nosotros y nos ha echado á perder el cuadro. Por lo que vino á deducir Besúñez que no se puede ser realista.

Terminada la revista de comisario, los jefes y oficiales se quedaron, como de costumbre, á charlar un rato en el cuarto de banderas, mientras fumaban un cigarro.

Después de cambiar los saludos de rúbrica, López fué en busca de Ruipérez y Rodas. Estaban en un rincón. Le recibieron con frialdad, y al preguntarles cuál de las dos creían que le amaba, eludiendo la respuesta dijo el comandante:

—Debes dirigirte á la morena.

—No; á la rubia—afirmó el capitán.

—¡Oh, á esa no, de ninguna manera!

—¿Pues cómo?

—Yo tengo pedida la mano de la rubia, de Lola.

—Y yo la de la morena, la de Rosaura.

Después de estas palabras reinó un silencio profundo. Era de esperar un cataclismo. ¡Así habían procedido con un amigo, con el buen López!

El cual López acabó por aplastarles con sus terribles cargos, con sus abrumadores cargos. Estaba indignado, irritadísimo. Los demás oficiales escuchaban silenciosos la filípica. Bueno que se gasten ciertas bromitas de cuartel; pero aquello era demasiado. La razón estaba de parte de López; y como la razón es muy poderosa, Rodas y Ruipérez

permanecían mudos, anonadados, materialmente deshechos.

Cuando mayor era la expectación, cuando más grandes eran los apuros de los desleales amigos, López cambia de acento, abre los brazos y dirigiéndose á sus anonadados amigos, les dice:

—¡Ruipeérez, Rodas, venid á mis brazos! ¡Qué peso me habéis quitado de encima!

—¿Cómo?

—¿Qué dices?—preguntan los infieles asombrados.

—Sí, venid, venid, abrazadme. Gracias, queridos; me habéis hecho un gran favor.

—¿Quieres explicarte?—pregunta Ruipérez un tanto amostazado.

—Ahora que estoy convencido de que amáis de verdad á Rosaura y á Lola, puedo decíroslo: durante mi estancia en Madrid me enamoré locamente de una muchacha ideal, la cual me corresponde; para casarme con ella sólo me falta saber cuál de las dos hermanas era la que me distinguía con su amor para...

—¿Para qué?—preguntaron al mismo tiempo Ruipérez y Rodas.

—Para darla calabazas.

Una carcajada general acogió la salida de López.

Lema: «NO DUDES, ¡AVANTE!»

(Sexto de los admitidos.)

Correspondencia.

Bernardo Ledesma.—Avila.—La carta á que alude no se ha recibido. La suscripción ha terminado.

J. Pérez.—Madrid.—Envíeme el original y las señas para contestarle lo que sea oportuno.

Enrique Díaz.—Entran en turno.

Antonio Montaner.—Pamplona.—Muy bien. Se publicarán.

Ricardo Menor.—Jumilla.—Entran en turno sus trabajos.

José de Góngora.—Granada.—Envíe la cruz en fotografía ó dibujada con tinta.

P. A. M.—Ronda.—La curiosidad estaría muy bien acompañada de la fotografía; sola no resulta. ¿Puede usted enviarla?

D. G. y Leal.—Sevilla.—Yo creí que con el cambio de aires ganaría usted, porque está obligado á hacerlo mejor. Esto no quiere decir que no sea admisible lo que envía.

Leonardo Ordoño.—Madrid.—No está mal escrito; pero es peor menecallo. Dan ustedes á este asunto una importancia que no tiene.

G. de M.—Idem.—Muchas gracias por lo que dice en la carta. Envíe lo que guste; pero un poquitín más humorístico.

Adolfo Lluch.—Barcelona.—Nada, que no me va usted á dar el gusto de enviarme una carta bien escrita. Repase la colección y vea cuanto se ha dicho acerca del particular.

Juan Cano.—La Línea.—Muy bien. Cuánto trabajo me ahorrarian si todos entendieran las cosas como usted.

Nuestros concursos

Resultado del octavo

No hay más remedio que publicar concursos algo difíciles para que estudiéis más y no se queden tantos niños sin premio. Para el oc-

tro, 50, *Línea de la Concepción (Cádiz)*, con el segundo.

Los afortunados autores pueden indicarnos á quiénes entregamos los premios.

CARTAS ILUSTRADAS

Sr. D^{ca} Co + Córdoba en Cádiz
 Madrid  de 1904.

Querido  a  go. Sabien  que es
 to  son  fiestas de  Malicó en
 ese  y quieren  tener noticia  del
 resulto  de los 
 Los  en el  de San Fran  y demas
 festejos  T dirijo  presen   dese-
 cando á  ver a haya  divertido tanto tu:
 M^{ca}  Pita Elisa  Tu  n S.
 si B un A preta  á  de tu
 mejor á  go

A. Paer

tavo hemos recibido la friolera de 17.412 so-
 luciones; de éstas sólo nueve vinieron equi-
 vocadas.

La solución era:

Dos cosas que no hallarás:
 un alacrán sin veneno
 y un crítico que halle bueno
 lo que escriban los demás.

Sometidas á un sorteo, resultaron premia-
 das: la suscrita por **Angel de la Gándara, As-
 tillero (Santander)**, con el premio primero, y
 la firmada por **Carmen Carreras, San Pe-**

EL NOVENO

Problema por D. Pablo Gasco

A un general, que acampado con su ejército se hallaba, le sorprendió su enemigo diciéndole estas palabras:
 —Si te mueves, infeliz, mal resultado te aguarda; ríndete y dile á tu gente que entregue pronto las armas.
 —Está bien — el general contestó con mucha calma —; pero antes que á mis soldados ordene acción tan menguada, menester es que nos cuentes por si algo te equivocaras. Aquí estamos triplicados unos valientes de España, la cuarta parte del duplo y quinta de la acampada. Luego deduces del todo la quinta del duplo exacta, décima de los que somos, y también ciento ocho balas que tengo para el revólver, de reserva en una caja. Y si el resto no es el año en que una débil escuadra salió del puerto de Palos para orgullo de mi patria, cuenta con que tu cabeza rodará entre esas montañas.

Bases para tomar parte en el concurso: 1.^a El concurso queda abierto hoy y terminará el día 31 á las nueve de la noche. 2.^a Las soluciones deben venir con el problema planteado en todos sus términos, quedando fuera del concurso las que no se ajusten á esta formalidad. 3.^a Las soluciones pueden enviarse escritas en una cuartilla y metida ésta dentro de un sobre, que *no debe cerrarse*, poniendo en el anverso «original de imprenta» y acompañadas de la cubierta de un número de ROSA Y AZUL. 4.^a Las soluciones que sean exactas serán sometidas á un sorteo, y á la que resulte premiada se le adjudicará un magnífico ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*, en folio, lujosamente encuadernado y con el retrato de Cervantes estampado en oro.



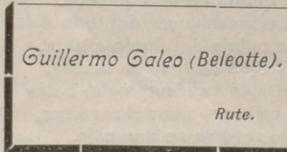
FUGA DE VOCALES por Eladio de Santo.

H.y .n .l m.nd. .n. .sp.ñ.
 y .n.l .sp.ñ. .n.r.g.n
 y .n .r.g.n Z.r.g.z.
 d. l. p.tr. .c.r.z.n

TROMPO NUMÉRICO por E. Ibáñez.

3 2	Nota.
5 6	Verbo.
1 6 5 2 6	Verbo.
1 2 3 4 5 6	Provincia.
5 2 5 6 1	Objeto para coser.
1 2 2 3	Infinitivo de verbo.
2 1 2	Consonante.
5 2	Consonante.
4	Vocal.
1 6	Nota.
4	Vocal.

TARJETA por Manuel Roca.



Combinad estas letras y resultarán: 1.º, un drama en cuatro actos; 2.º, una ópera italiana en cuatro actos, y 3.º, una zarzuela en un acto.

CHARADA por L. Codali López.

Compró una *tercia* Manuel,
 saliéndole *prima dos*,
 y un *todo* en ella encontró
 que el sol pugnaba por ver.

FUGA DE CONSONANTES por José L.-Amor.

* A * A * A * A

Sustituir estos cuatro asteriscos por otras tantas consonantes de manera que se lea un poema indio muy conocido. Tiene dos soluciones.

CUADRADO por R. Barrio Jordá.



1.º, nombre de mujer; 2.º, rogar á Dios; 3.º, habitación; 4.º, en el campo.

CHARADA por E. García.

Prima, nota musical,
 y el *todo* número par.

INTRÍNGULIS PROVERBIAL por Vicente Mas.

A.O .E .I.E.E.
 A.O .E .I.E.E.

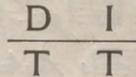
Sustituir los puntos por letras de modo que se pueda leer un conocido refrán.

ROMBO por Salvador Serra.



1.ª, consonante; 2.ª, nombre de rey; 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, nombre de río, y 5.ª, vocal.

JEROGLÍFICO por Manuel Caldeiro.



SOLUCIONES

A la fuga de vocales por Cora Barcia:

Es AZUL Y ROSA
 hoy en mi concepto
 un periodiquillo
 de lo más correcto.

Al jerooglífico por Gil Farrán: ENMENDARSE.

A la tarjeta por A. Montaner: ESTANISLAO MAESTRE; MADRID; ROSA Y AZUL.

Al logogrifo por F. Morales:

A	T	O	A	O	O
S	O	T	R	T	SS
A	R	R	A	AA	ARO
R	O	S	O	S	A
R	O	S	O	S	A

El todo, ASTRO.

Al cuadrado por Salvador Serra:

L O B O
 O R O S
 B O L L O
 O S O S

Al jerooglífico por José Mendiola: MANOLA.

Al salto de caballo por José L.-Amor.

Dios no me dé existencia
 sin ilusiones,
 cielo sin sol radiante,
 campo sin flores,
 árbol sin nidos,
 colmena sin abejas,
 casa sin niños.

Al jerooglífico por J. Herrero: ACERO.

Regalos á nuestros lectores 

 sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novelita

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Octubre.

No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.

PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES

Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela DIA FELIZ. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.

PERCHAS "Navas y Comp.^a"

(Con patente)



Recomendables
para los Colegios
y particulares 

    No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas      

  Pidanse precios á los señores NAVAS Y
COMPANÍA, Espiritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

50 céntimos.

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á 15 céntimos.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

Precios módicos.—Horas: de 9 á 12 de la mañana.—Dirjense á Malasaña, 28, primero de recha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección) »	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

- Trajos drill, desde.... 2 ptas.
- Lana y vicuña..... 5 »
- Gergas y estambres.. 10 »
- Piqué superiores... 8 »
- Alpacas elegantes... 15 »



Cuellos novedad, chalinás, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**
 — con cocaína —

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thio-col-étnamo-vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid